



EL SON JAROCHO,

TRADICIÓN QUE SE NIEGA A MORIR

por Rocío Ramírez

Fotografías: Fondo José Raúl Hellmer Pinkham/Fonoteca del INAH

La región del sotavento rica por su producción agrícola es también semillero de grandes músicos, quienes con sus jaranas, requintos y panderos interpretan el son jarocho en las noches tibias de fandango. Las notas festivas invitan a las mujeres a zapatear en el tablado mientras los versadores dicen coplas a sus amadas.





Esta tradición musical de la región jarocho se empezó a gestar a finales del siglo XVII, cuando los barcos españoles iban y venían del viejo mundo no sólo con mercancías, sino también con tradiciones e influencias culturales de otras regiones que se fueron fusionando.


El fandango —explica la antropóloga Amparo Sevilla— es una fiesta popular, que a diferencia de otras, se da con música, zapateado y tarima. “Es una trilogía muy importante en la que se interpretan sones conocidos, pero también hay mucha versificación improvisada (repentista). El fandango es fundamental para que se pueda reproducir la cultura jarocho, es un punto de reunión de la comunidad en la que se comparte la música y los alimentos, los cantos, la charla y la alegría”.

A diferencia de otras fiestas el fandango tiene reglas que se deben de seguir. Hay momentos determinados para subir a tocar, pues

nadie puede desajustar el ritmo colectivo. Mientras que las parejas tienen que esperar su turno para zapatear. Incluso hay sones exclusivos para mujeres y sólo ellas pueden subir al tablado.

La especialista destaca que aunque existe una gran cantidad de sones, la mayoría de la gente sólo conoce los más populares como “La bamba” y “La bruja”, lo que es lamentable pues existe un vasto catálogo. Incluso destacó que otra de las riquezas del son jarocho es que varía de acuerdo con cada comunidad. “En algunos casos el son jarocho se interpreta con arpa, requinto y jaranas y en otras zonas sólo con jaranas y pandero”.

El son jarocho actualmente goza de buena salud gracias al trabajo de familias veracruzanas como los Vega y los Utrera, quienes en su seno han formado a por lo menos seis generaciones de músicos, versadores y lauderos que han revitalizado este género musical,



sin embargo, esto no siempre fue así, pues en los años cincuenta del siglo pasado el son estuvo a punto de desaparecer. Existen muchos otros músicos pertenecientes a otras familias que también mantienen la tradición. Los Vega y los Utrera son los más conocidos.

Sevilla, quien es investigadora de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, explica que con el auge del cine mexicano la música tradicional se transformó en un híbrido muy extraño en el que se veía a Pedro Infante con un acompañamiento jarocho cantando un tema ranchero. En tanto en las comunidades los músicos emigraban en busca de trabajo y nuevas oportunidades lo que mermó de manera considerable el desarrollo del son jarocho.

La interpretación de los sones también sufrió cambios fundamentalmente en su duración, pues mientras que en el tradicional fandango podían durar 30 minutos o más, en la radio y en los circuitos comerciales se quedaron reducidos a escasos tres minutos. La crisis del son jarocho llegó a tal punto que en los sitios clásicamente soneros como Alvarado, Tlacotalpan, Santiago Tuxtla y el Puerto de Veracruz no había músicos que tocaran, pues los viejos jaraneros habían muerto.



El traje jarocho

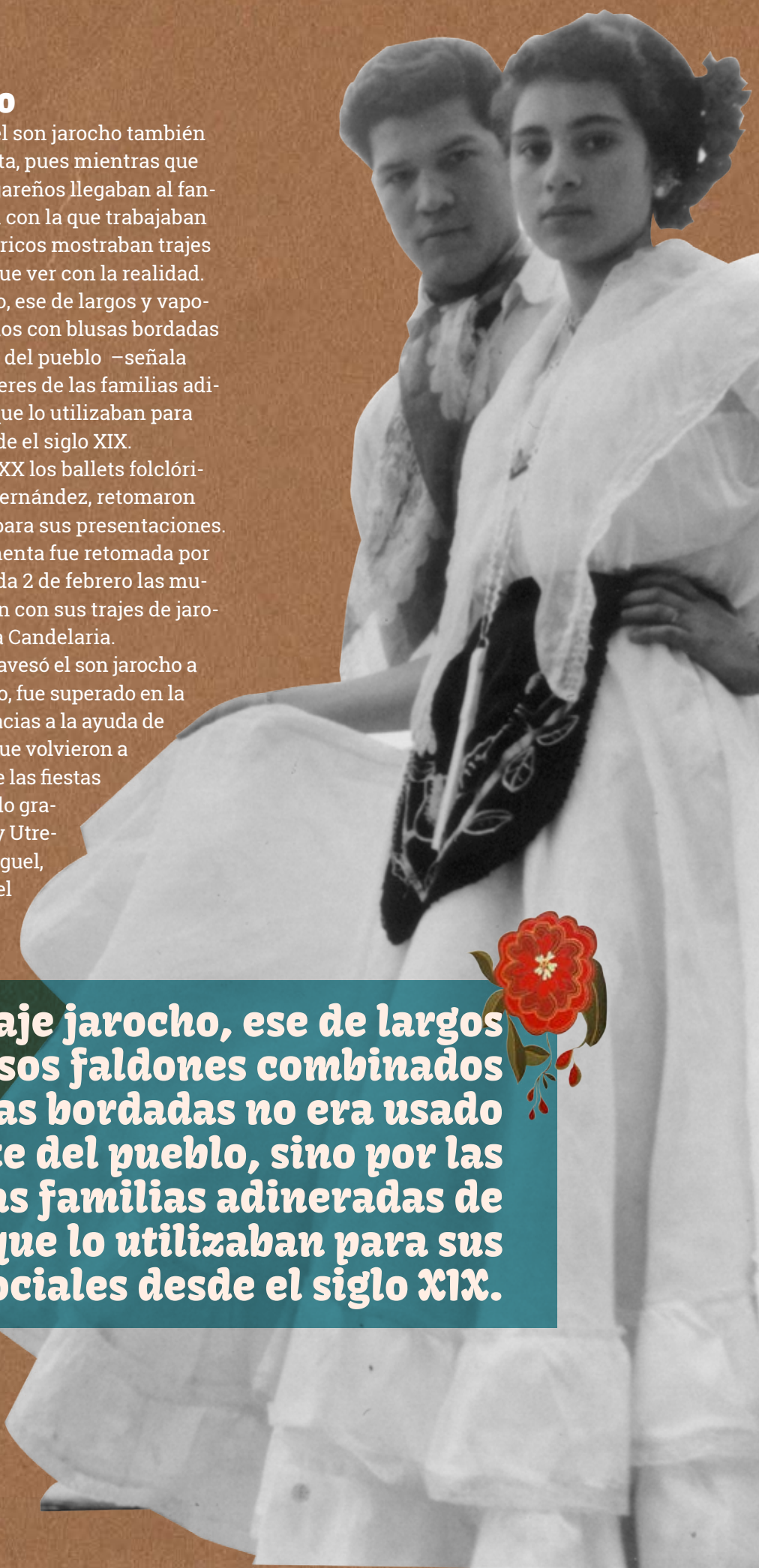
Esta comercialización del son jarocho también se reflejó en su vestimenta, pues mientras que en la zona jarocho los lugareños llegaban al fandango con la misma ropa con la que trabajaban la tierra, los ballets folclóricos mostraban trajes de lujo que nada tenían que ver con la realidad.

El uso del traje jarocho, ese de largos y vaporosos faldones combinados con blusas bordadas no era usado por la gente del pueblo —señala Sevilla— sino por las mujeres de las familias adineradas de Tlacotalpan que lo utilizaban para sus eventos sociales desde el siglo XIX.

A principios del siglo XX los ballets folclóricos, como el de Amalia Hernández, retomaron ese traje y lo estilizaron para sus presentaciones. Años más tarde la vestimenta fue retomada por la comunidad y ahora cada 2 de febrero las mujeres de Tlacotalpan salen con sus trajes de jarocho a celebrar el Día de la Candelaria.

El bache por el que atravesó el son jarocho a mediados del siglo pasado, fue superado en la década de los ochenta gracias a la ayuda de promotores de la región que volvieron a realizar fandango durante las fiestas patronales. Pero sobre todo gracias a dos familias: Vega y Utrera, una en Boca de San Miguel, en Tlacotalpan; y otra en el Jato, municipio de Santiago Tuxtla.

El uso del traje jarocho, ese de largos y vaporosos faldones combinados con blusas bordadas no era usado por la gente del pueblo, sino por las mujeres de las familias adineradas de Tlacotalpan que lo utilizaban para sus eventos sociales desde el siglo XIX.





Amparo Sevilla apunta que dada la versatilidad del son jarocho, los jóvenes que emigraron a Estados Unidos lo han retomado, pues encontraron en él la posibilidad de identificarse con algo mexicano. Contrariamente a lo que sucedía hasta hace unos años en Tlaco- talpan, donde era muy estigmatizado, pues lo consideraban un ritmo para la gente de pocos recursos económicos.

La especialista comenta que esta situación cambió cuando se dieron cuenta de que don Guillermo Cházaro Lagos, un rico ganadero,

gustaba de versar y así el son y el fandango se revitalizaron en su lugar de origen.

Las familias Vega y Utrera, que el año pasado recibieron el Premio Nacional de Ciencias y Artes, en la categoría Artes y Tradiciones Populares, son herederos de esta rica tradición musical que siguen difundiendo por todos los rincones del país con sus grupos Mono Blanco, Son de Madera, los Cojolites, los Vega, los Utrera, Caña Brava y Caña dulce. Sin embargo, existen muchos otros grupos y músicos que han mantenido la tradición.





Estas dos familias ha dado vitalidad al son jarocho tradicional y mediante los sones tradicionales del repertorio jarocho con un sonido contemporáneo, pero siempre partiendo de los sonidos antiguos que caracterizaron la música del sotavento.

En el auge del son jarocho también contribuyó el Instituto Nacional de Antropología e Historia que en 1969 grabó el disco “Sones de Veracruz” dentro de la serie de música del INAH, según documenta el investigador de la Universidad Veracruzana, Rafael Figueroa Hernández.

En este disco se escuchan las voces de sones tradicionales de la región del sotavento como Arcadio Hidalgo, Antonio García de León, los hermanos González, Rutilo Parroquín, acompañados de notas del etnólogo Arturo Warman.

No sólo músicos y promotores han ayudado a destacar al son jarocho, pues en 1946 Miguel Alemán, entonces candidato a la presidencia de la República, tomó a la bamba como tema musical de su campaña e incluso llegó a declarar que este son sería el segundo himno mexicano durante todo su sexenio, apunta Figueroa Hernández, en su investigación sobre el son jarocho.



Los Fandangos

En la zona del sotavento los fandangos se siguen efectuando especialmente para celebrar a los santos patrones del pueblo como ocurre en Otatilán, Veracruz, en el santuario del Cristo Negro, donde anualmente se realiza esta fiesta gracias al trabajo de los promotores y a la gente del pueblo que está defendiendo esta tradición.

Pero el gran fandango es el que se realiza en Tlacotalpan, a la orilla del río Papaloapan, el 2 de febrero, Día de la Candelaria. Las mujeres del

pueblo salen con sus trajes jarocho mientras los jaraneros tocan sones que pueden durar 25 minutos, porque los músicos que interpretan un fandango no pertenecen a ningún grupo. "En estos fandangos se puede apreciar hasta 50 músicos interpretando un sonya que se van agregando poco a poco, porque el tiempo del fandango es la lógica del no tiempo, del encantamiento, de pasar toda la noche bailando, versando y zapateando", comenta Amparo Sevilla.

Del hilo de mis sentidos



Del hilo de mis sentidos
ahora les vengo a cantar
a mis amigos les digo
que no puedo improvisar
les canto versos sabidos
que a otro pude agarrar.

Yo no soy de mucha ciencia
pero en el decir me fundo
lo digo con experiencia
no lo dice un moribundo
hay quien no tiene vergüenza.

Ahora sí china del alma
ya no nos condenaremos
se acabaron los infiernos
ya los diablos se murieron.

Al pie de un verdioso olivo
triste mi amor se quejó
yo le pido a mis amigos
que el día que me muera yo,
no me echen al olvido
que me encomienden a Dios.



(Copla extraída del libro *El hijo de mis sentidos*, compilado por Arturo Barradas Benítez y Patricia Barradas Saldaña CONACULTA).